



MENSAJE DEL P. SERGIO PÉREZ DE ARCE EN SU ORDENACIÓN EPISCOPAL

Catedral de Chillán, 11 de julio de 2020

Queridos hermanos, queridas hermanas,

Cuando recibí el nombramiento de obispo, el pasado 5 de febrero, imaginamos una celebración masiva. Conversábamos con algunos si la hacíamos aquí en la Catedral o en otro lugar más espacioso. La pandemia nos ha obligado a dos cosas: a un acto muy humilde y sencillo, y a una comunión todavía más amplia que una Catedral llena, porque sé que son muchos los que están unidos a través de las redes y los medios de comunicación. Y eso es un signo de lo que debemos ser como iglesia: una iglesia humilde y de comunión amplia, porque todos tienen un lugar en el corazón de Jesús. Por supuesto que esta comunión no puede ser solo virtual, sino hecha de encuentro y preocupación de unos por otros, en la comunión del pueblo de Dios.

Me uno especialmente en este día a los que han sufrido y están sufriendo con esta pandemia. A los familiares de quienes han perdido un ser querido por el coronavirus, entre los que hay 37 hermanos de nuestra región de Ñuble. Oramos por ellos y su eterno descanso. Me uno a los enfermos, a los que se sienten solos o angustiados, a los que están pasando un mal momento por las consecuencias económicas de la pandemia. También a los que han estado sirviendo con gran sacrificio en hospitales y otras labores públicas. El Señor nos fortalezca y nos ayude a comprender más lo que significa caminar juntos, habitar juntos un mismo mundo.

Como lema episcopal he elegido una palabra que san Pablo le dirige a Timoteo: “Reaviva el don de Dios que está en ti”.

Los dones de Dios son muchos. El gran don es su Hijo Jesús y el regalo del Espíritu habitando en nosotros. Por la imposición de manos de un ministro recibí un día el bautismo, cuando joven la confirmación, más tarde la fuerza de su Espíritu para mi consagración como religioso, luego el diaconado y el sacerdocio. ¡Cuántos dones!, a los que hay que sumar la eucaristía, el perdón e innumerables muestras de su ternura y presencia. Llevamos todos estos dones en vasos de barro, los acogemos desde nuestra fragilidad. Yo acojo el don del episcopado desde mi fragilidad. Pero, por lo mismo, son dones que tenemos que reavivar cada día, para que el fuego de Dios no se apague en nosotros, para que la sal no se vuelva desabrida ni la luz la escondamos debajo de un cajón, como nos advierte Jesús.

Elegí este lema, no sólo pensando en mí, sino en toda la comunidad eclesial. Nos ha tocado vivir en tiempos de crisis y ser una iglesia en crisis. La crisis de los abusos, que nos llena de vergüenza y que tanto ha oscurecido nuestro rostro. Una vez más pedimos perdón a las víctimas que han sufrido los abusos y a la comunidad, que con razón se ha escandalizado por estos hechos. Estamos

trabajando en los últimos años para forjar una cultura del cuidado y la prevención, para que situaciones de este tipo no vuelvan a repetirse.

Nos ha tocado también vivir la crisis social o “estallido social”, con sus demandas de justicia y contra el abuso, y con sus violencias y polarizaciones. Y ahora, la crisis de la pandemia, que nos ha revelado lo vulnerable que somos y que nos ha llenado de tristeza e incertidumbre. Son crisis que nos zarandean, nos ponen a prueba, pero nos muestran algo esencial de nuestra vida cristiana: vivimos nuestra fe en la historia, compartiendo los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo. Y aquí en esta historia, donde no tenemos todas las respuestas, y donde somos una voz entre muchas voces, sí tenemos que dar testimonio de nuestra esperanza, sí tenemos que anunciar el evangelio de la alegría. Y lo tenemos que hacer con humildad, incluso llevando el peso de la poca credibilidad, pero con decisión y valentía, porque “el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad” (2 Tim 1, 7). Evangelizar es nuestra vocación, evangelizar es nuestra dicha, forjando y construyendo, junto a otros, sendas de vida nueva.

No hagamos este camino lejos de los que sufren, de los pequeños, de los descartados, de las víctimas de todo tipo de abuso y de miseria. Tampoco vivamos esta misión como iglesia diocesana al margen de las búsquedas y desafíos de nuestra Región, esta joven Región de Ñuble en la que estamos insertos. Seamos compañeros y hermanos, como Jesús, “en todo semejante a sus hermanos” (Hb 2, 17).

En este momento tan significativo, no puedo dejar de expresar una enorme gratitud a tantas personas. Al pequeño grupo que está aquí participando y facilitando esta liturgia. Al Sr. Nuncio y a los obispos Fernando y Galo, por su presencia cercana. Al Papa Francisco, que ha confiado en mí al encargarme esta responsabilidad y nos estimula con su palabra y ejemplo. A mis padres y hermanos, a quienes me siento profundamente unido en la distancia, y que sé que están siempre ahí con su prudente apoyo. A mi familia de los SSCC, representada aquí por mi superior general y mi superior provincial, que me ha formado como creyente y como persona, y en la que he conocido el infinito amor del corazón de Cristo y del corazón de la Virgen María. Gracias a muchos amigos y hermanos en el afecto y en la fe, con los cuales he compartido el caminar en tantos lugares y comunidades, y que han estado orando por mí estos días.

Una gratitud especial a la Iglesia diocesana que peregrina en Ñuble. Llegué aquí hace un año y 10 meses como un desconocido, para acompañarlos y conducirlos en tiempos difíciles, y ahora Dios me pide que dé mi vida y los ame, como Cristo esposo ama y se entrega por su Iglesia. Gracias por la acogida y por todo lo que ustedes (laicos, sacerdotes, diáconos, religiosas; parroquias, movimientos, colegios) hacen para sostener la vida y la misión que Dios nos ha confiado. Y gracias a la Iglesia entera, al pueblo de Dios todo él ungido por el Espíritu, en sus más diversas expresiones. En esta Iglesia, que es mi familia y mi Madre, he recibido el anuncio de Jesús y he sido llamado a vivir mi vocación y ministerio. Como reza el hermoso poema del padre Esteban Gumucio, es “la Iglesia de Jesucristo, construida en firme fundamento, en ella quiero vivir hasta el último momento”.

Un abrazo fraterno. Dios los bendiga.